

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº107 ¿Quién es invitado a formar parte del Reino de Dios, anunciado y realizado por Jesús?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 107 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Quién es invitado a formar parte del Reino de Dios, anunciado y realizado por Jesús?
(541-546; 567)

Jesús invita a todos los hombres a entrar en el Reino de Dios; aún el peor de los pecadores es llamado a convertirse y aceptar la infinita misericordia del Padre. El Reino pertenece, ya aquí en la tierra, a quienes lo acogen con corazón humilde. A ellos les son revelados los misterios del Reino de Dios.

En los números anteriores se ha hablado de bautismo en el río Jordán, de las tentaciones del desierto y ahora, el inicio de la predicación del Reino de Dios; además, digamos, que forma parte de los misterios luminosos: el bautismo de Jesús en el río Jordán, el inicio de la predicación del Reino de Dios. En Marcos 1, 14, después del momento en que Juan es detenido: “Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios, decía: se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio”. El bautismo de Jesús viene inmediatamente después, según esta versión de Marcos: una vez que el Precursor ha terminado su momento, llega el momento en que Jesús, en Galilea, comienza la predicación del Reino de Dios. Él inaugura el Reino de los cielos predicando la conversión de nuestros pecados.

¿Qué es la inauguración del Reino de los cielos? Es el inicio de toda la tarea de Jesús entre nosotros, que es elevar a todos los hombres a participar de la vida divina, para esto ha venido y para ello, comienza a conformar una serie de seguidores; ellos son el núcleo de lo que es la Iglesia, la cual a su vez es el germen del Reino de Dios. La Iglesia que Jesús comienza a convocar es el germen del Reino de Dios que se va a extender por todo el mundo, para eso ha venido Jesús y también, para elevar a todos los hombres a la condición divina; todos están llamados sin excepción, no se trata de un club de selectos, de un club de privilegiados. Lo sorprendente es que la situación de los pecadores, tan postrada, no le asusta a Jesús, Él prioriza a los más pecadores, a los públicamente pecadores, los prioriza en la invitación a formar parte del Reino de Dios. No empieza por los más sabios, por los más importantes, sino por los más pequeños, lo cual es un signo de cómo es el Reino de Dios, porque ese Reino de Dios para poder ser acogido, se requiere hambre y sed del don de Dios.

La primera de las bienaventuranzas dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, porque ser pobre de espíritu no es otra cosa que tener puesta nuestra esperanza en el don de Dios;

no tener una falsa seguridad, una falsa expectativa en nosotros mismos, entender que todo lo esperamos de Dios, que solamente de Él puede venir su plenitud. Un pobre de Yahvé, que es eso a lo que se refiere la primera bienaventuranza, un *anawin*, es aquel que sabe que sólo Dios puede salvarle, y tiene puesta su heredad, su esperanza, en la salvación de Dios; no es alguien que esté muy seguro de su sabiduría, que ponga su esperanza en que tiene las cosas bien hechas, que tiene seguridad en tal y como ha planteado su vida, etc., sino alguien que no pone su esperanza en sus propias obras siquiera.

Es verdad que el Evangelio nos dice que demos frutos de buenas obras, es verdad que el inicio del adviento dice que salgamos a recibir a Jesús en la Navidad cargados de buenas obras. Al mismo tiempo, para entender correctamente esas buenas obras, sin poner en ellas nuestra esperanza, es decir, que no por las buenas obras que hemos hecho tenemos derecho a recibir la salvación, sino que nuestra esperanza está puesta en la bondad de Dios, no en nosotros mismos, en nuestras obras. Santa Teresita de Lisieux habló de la infancia espiritual, de esa infancia espiritual que confía sencillamente en la bondad del Padre, incluso ella en su atrevimiento llega a decir: el día que me presente delante de Dios, no quiero ir con los brazos cargados de las buenas obras que haya hecho en esta vida, porque si tengo los brazos ocupados con las buenas obras que he hecho, no voy a poder tenerlos libres para darle un abrazo a Jesús, prefiero ir con las manos vacías”, dice ella en su inocencia, en esa explicación del camino de la infancia espiritual.

Ser pobre de Yahvé es no poner la esperanza en nuestras obras, sino ponerla en la bondad de Dios; incluso es obvio que el pecado es una ofensa al amor de Dios, que el pecado es un desprecio del amor de Dios, pero Dios ha querido que también la situación en la que se encuentran los pecadores sea una situación en la que ellos experimentan la necesidad de misericordia. Cuando uno es profundamente pecador y tiene conciencia de ello, esa situación de pecado se puede convertir en una oportunidad de gracia: el tomar conciencia de que soy un pecador y que necesito del perdón de Dios y necesito de su misericordia, me hace un alma privilegiada para poder formar parte de ese Reino de Dios. Porque cuando uno se cree santo, cuando uno tiene falta de conciencia de necesidad de ser salvado, cuando uno no tiene la necesidad de pedir misericordia, de mendigar misericordia, está en una situación que no le pone en la situación adecuada para formar parte de ese Reino de Dios. Son los pequeños, no los que se las dan de sabios y entendidos sino los pequeños, y son los pecadores los que tienen conciencia de misericordia, los que se ponen no como los primeros en esa predicación de Cristo.